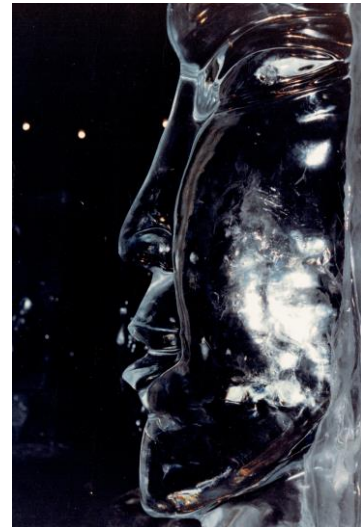


La Luna de Beijing (4)

Harbin: dragones de hielo



Beijing (Pequín), febrero de 1988

Viajar por China en esta época, vísperas del Año Nuevo Chino, puede convertirse en una aventura. Millones de chinos se desplazan de una provincia a otra para festejar con sus familias la llegada del Año del Dragón. Encontrar billetes en estas circunstancias puede suponer una auténtica odisea. Con los conocimientos del idioma chino de Rut y Víctor, que ya han iniciado vacaciones escolares, conseguimos obtener billetes hasta una remota región del norte. Queremos huir de Beijing durante unos días.

El tren resulta un excelente medio para viajar por China. Son cómodos y rigurosamente puntuales (salvo cuando la naturaleza lo impide). Los compartimentos de primera (cuatro plazas) y las literas de segunda, permiten disfrutar del paisaje, leer, y entablar relaciones con insólitos compañeros de viaje. Durante las últimas semanas las autoridades chinas realizan campañas informativas, con abundancia de pasquines en las estaciones, advirtiendo del peligro de viajar cargados de cohetes y petardos. A pesar de que existe una severa vigilancia, cada año se producen numerosos accidentes como consecuencia de las explosiones fortuitas, provocadas mayoritariamente, por empedernidos fumadores (el tabaquismo es, a pesar de los esfuerzos por reducir sus índices, uno de los males endémicos de este país), que transportan auténticos “arsenales” pirotécnicos, para ser utilizados en la gran noche del Año Nuevo Chino.

La Manchuria

Las provincias de Heilongjiang, Liaoning y Jilin, con una superficie de 1.230.000 Km², y una población superior a los 100 millones de habitantes, ocupan un extenso territorio conocido como Manchuria. Los manchúes dominaron y reinaron en China a través de la dinastía Qing; desde el siglo XVII, en que desplazaron a los Ming, después de una dominación dinástica de casi tres siglos; hasta la fundación de la República de China por Sun Yat-sen en 1912.

Pu-yi, el último emperador de la dinastía Qing, que fue coronado cuando era un niño (y cuya vida ha sido llevada al cine por Bernardo Bertolucci en *El último Emperador*, y que en China no hemos podido ver todavía), fue utilizado por los japoneses para fundar en 1933 el “Mandchukouo”, un estado

teóricamente independiente que servía como punta de lanza a sus pretensiones expansionistas sobre el continente chino.

Fueron posteriormente los soviéticos, quienes en 1945 expulsaron a los japoneses de la Manchuria, restituyendo esta región al territorio chino. Harbin, Changchun y Shenyang, las tres capitales provinciales, conservan monumentos que recuerdan la amistad entre el pueblo chino y soviético, en aquella época. En la década de los años 50, la nutrida presencia y aportación soviética permitió un gran impulso al despegue industrial de esta zona. Los enfrentamientos posteriores entre China y la URSS en la década de los sesenta hicieron desaparecer toda presencia soviética. Todo parece apuntar, ahora, al inicio de un nuevo ciclo de acercamiento entre los dos países. Múltiples iniciativas de cooperación económica y cultural a uno y otro lado de la frontera, permiten apreciar un nuevo clima de entendimiento que se desarrolla más eficaz y velozmente que en el terreno político, donde también los avances son innegables.

La Manchuria, donde los emperadores iban a practicar su deporte favorito: la caza, y actualmente la última región en importancia turística de China, ha conocido, sin embargo, un singular desarrollo que le ha situado entre las primeras zonas industriales. El desplazamiento durante el pasado siglo de colonos chinos desde las zonas superpobladas; la presencia rusa que desde principios de este siglo se interesó por la industrialización de la zona noreste de China; la presencia posterior soviética; y la trágica dominación japonesa, ha dejado en las ciudades un estilo occidentalizado que recuerda a algunas de las zonas del norte de Europa.

Shenyang, capital de la provincia de Liaoning, y que cuenta con 4,5 millones de habitantes, es la ciudad más grande de Manchuria. La primera imagen de Shenyang es la de sus locomotoras de vapor, de la que es un importante centro productor, y su trazado de líneas ferroviarias con destino a Beijing, Corea y la Siberia oriental. En Shenyang también se encuentra el palacio imperial, la residencia de los Qing desde 1625 a 1643, antes de que consiguiera conquistar toda China. Changchun, capital de la provincia de Jilin, fue elegida por los japoneses como capital del Mandchukouo, donde establecieron la residencia de Pu-yi, y desde donde dirigían su política de ocupación de los territorios del nordeste de China.

Harbin: esculturas de hielo

Harbin, la capital de la provincia de Heilongjiang, fronteriza con la URSS, es un importante nudo de comunicaciones y lugar de paso hacia la Siberia oriental. Situada a más de 1.600 kms. de Beijing, es la capital más nordoriental de la China.

Lo que más atrae a los chinos y extranjeros que se desplazan hasta Harbin son sus esculturas de hielo, que cada año durante el invierno, son expuestas en el parque Zhaolin. Estas culturas son realizadas esculpiendo bloques de hielo extraídos del río Songhua. El agua cristalina de este río, permite con su transparencia, conseguir de las esculturas unos efectos especiales mediante su iluminación interior. Incluso las esculturas de hielo que actualmente también se exponen en algunos parques de Beijing, son realizadas sobre bloques de hielo procedentes de Harbin. Las principales plazas y avenidas, así como las puertas de los hoteles están adornadas con estatuas de hielo (este

año principalmente dragones) que por la noche proyectan una imagen mágica de la ciudad. Las temperaturas que se mantienen permanentemente entre los 25 y 35 grados negativos, garantizan la conservación de las obras durante varias semanas y meses, permitiendo a los turistas contemplar esta singular afición.

En Harbin pueden cultivarse además otras muchas aficiones en invierno. El río Songhua, totalmente helado, constituye una fuerte atracción para practicar múltiples actividades: los largos paseos en trineo, el patinaje a vela, los trampolines para deslizarse sobre rudimentarios trineos y la exhibición de los bañistas que rompen el hielo para sumergirse en sus aguas, son algunas de las ofertas posibles. A ello hay que añadir las sensaciones producidas por el frío intenso, que en las horas de declive del sol pueden alcanzar temperaturas inferiores a los cuarenta grados bajo cero, tal como pudimos experimentar en carne propia en nuestro último paseo por el río. La proximidad de hoteles con potentes calefactores en el umbral de la puerta, ayudan a restituir a los mortales al reino de los vivos.

Pero Harbin, tiene también innumerables atractivos para el verano, la estación con mayor afluencia de visitantes. Posee grandes y frondosas avenidas, y parques con abundante vegetación. Y el río se convierte en una zona privilegiada de descanso o donde poder cultivar todos los deportes acuáticos.

Sin embargo, el aspecto que mayor atención nos produjo esta ciudad fue su fisonomía urbanística y arquitectónica. Pocas cosas comunes a la arquitectura china. Destacan, especialmente, sus edificios de influencia rusa: los palacetes de la aristocracia de principios de siglo y los aparatosos edificios construidos por los soviéticos después de la proclamación de la República Popular China, imitando los grandes edificios moscovitas. La deteriorada imagen de edificios con sabor modernista, las recientes pero ya deterioradas construcciones, y el permanente hollín procedente de miles de chimeneas que flota en el ambiente y se solidifica con el hielo, convierten a la ciudad en un decadente escenario que recuerda las imágenes del resurgimiento alemán tras la Segunda Guerra Mundial, que tan crudamente supo captar el cineasta Rainer Werner Fassbinder.

A diferencia de otras ciudades chinas, la visible presencia de iglesias ortodoxas, son un reflejo de la gran influencia que esta religión adquirió en la zona. Junto a la política de restauración y apertura al culto de estas iglesias, que facilita el gobierno, pueden apreciarse también algunas huellas (Iglesias con las puertas tapiadas o lapidadas por bloques de pisos) de los atentados al patrimonio cultural, histórico y urbanístico, cometidos durante el período de la llamada *revolución cultural*.

Otro aspecto no menos interesante de Harbin es el de su rica e intensa vida cultural; sorprende la proliferación de salas de teatro, de espectáculos diversos, de salas de baile, y también la gran afición a la música de Jazz. Pero como siempre sucede en China, el espectáculo de la gente desplazándose en bicicleta, poniendo a prueba su habilidad para conducir sobre el hielo, es sin duda una fuente inagotable de capacidad y tenacidad cotidiana, además de generar una infinita curiosidad, a los ojos de los occidentales.

Domènec Martínez



